



Francisquillo el Sastre

Nueva relación de los desafíos,
hazañas y valentías del más jaque de los hombres

—Salga el acero á brillar,
pues soy hijo del acero,
hijo soy de Pedro el sastre
y nieto soy de mi abuelo.

Francisquillo soy el sastre,
el que á nadie tiene miedo,
el que hará que tiemble el mundo
con sus heroicos hechos.

Venid aquí, forradores
de palos con los pellejos,

pantomimistas de lúnes,
revolvedores de pueblos,
llegad los de la madera,
fanlarrones carpinteros
aunque con vosotros vengan
esos prosas cedaceros;
tejedores, hiladores,
juntaros con los barberos
y salir con este al campo
que tiene perdido el miedo;

labradores, hortelanos,
y esforzados molineros,
hoy os desafia un sastre
que tiene la sangre hirviendo.

Vengan jueces y abogados,
escribanos marrulleros,
que un plumazo que os dé
os dejaré sin aliento;
venga Bernardo del Carpio,
ese guerrero soberbio,
con su espada y su rodela,
que no le teme este cuerpo;
venga el moro Brabonel,
ese jaqueton lancero,
que le quitaré el turbante
y le haré cristiano nuevo:
venga el mismo Fierabrás,
vengan Roldán y Oliveros
y hasta Carlo-Magno venga
si perder quiere el pellejo;
vengan hoy todos los guapos,
lleguen aquí barateros
venga el soberbio más grande
capitan de bandoleros;
vengan los Ponces de León,
los Guzmanes y Carreros,
vengan cuantos hidalgos
ponen los piés en el suelo;
venga aunque sea Luzbel
con todos sus compañeros,
que á estocadas les haré
que vuelvan á los infiernos.
y pues nadie venir quiere,
pues todos me tienen miedo
vereis hazañas de un sastre
que ahora contarlas quiero.

Apenas cumplí veinte años
salí un dia de paseo,
como me hallaba en Madrid
hasta el puente de Toledo.

Llegué á un juego de cané
que habia mucho dinero,
y pregunté quien cobraba
los ochavos muy ligero.

Un granadero salió
de los del morro con pelo,
que por habano en su boca

podia llevar mi cuerpo.

Le dije: Ponte en defensa
y me respondió: ¡Trastuelo!...
saco al punto mis tijeras
y él el sable sacó luego,
pero le aprovechó poco
que á los dos golpes primeros
el pescuezo le corté
como si fuera de sebo.

Sin pena ni sobresalto
y siguiendo mi paseo,
me llegué á Carabanchel
á beber el vino fresco,

Catorce guardias civiles,
incluso con su sargento,
llegaron á mi á prenderme
y me dicen: Date preso.

Por cima brinqué de todos
y ellos disparan á un tiempo,
más ninguno me tocó
y fué tener mal acierto.

Siendo tan buena ocasión
tiro al punto de mi acero
y á todos los despaché,
este quiero este no quiero.

Libre de aquella maraña
pillo pies para Toledo,
donde á nadie conocia
y me hallaba sin dinero.

En un café me metí
donde habia muchos necios,
y á tratarme principiaron
como perro forastero.

Yo con toda mi prudencia
les dije: Señores, quedos,
que soy Francisquillo el sastre
el terror del Universo,

Se miran unos á otros
apenas que aqnesto oyeron,
de risa están reventando
y yo de coraje lleno.

Sacó al punto mis tijeras
y á cortar retal comienzo
de brazos, pechos y piernas,
sin olvidar los pescuezos.

Treinta y ocho dejé allí
arrastrados por el suelo,

y yo me puse en la calle
más fresco que el mes de Enero

Me fuí á una fonda, y allí
lo que pedí mi sirvieron
y con un abonaré
pagué todo por entero.

Marché para Andalucía
y al pasar Despeñaperros,
diez ladrones me asaltaron,
pero yo siempre sereno
les pregunté qué querían;
me respondieron: Dinero.

Les dije: No tengo un cuarto,
lo que tengo es un acero,
y lo que desearía
es ser compañero vuestro
para que sepáis quien soy
y la destreza que tengo.

Me admitieron muy gustosos,
y á una venta no muy lejos
fuimos todos á comer
y nos regaló el ventero.

Allí pasamos la tarde,
y ya que el sol era puesto,
me dan una carabina
y cartuchos más de ciento.

Como una legua anduvimos
cruzando montes y cerros,
hasta que llegamos á un sitio
que parece contadero.

Toda la noche anduvimos
guardando el mayor silencio
por ver si alguno pasaba
para despojarle luego.

Fué nuestra suerte contraria
pues no vimos ni un mochuelo,
que son aves de rapiña
cual mi digno compañeros,

Siendo ya de día claro
abandonamos el puesto
y todos juntos marchamos
á un cortijo no muy lejos,

Allí almorzamos en grande
sin costarnos el dinero
y después fuimos al monte
á darle tributo al sueño,

Los diez á dormir se echaron

bien calientes de cerebro,
y yo siempre con afán
de alimentar mi acero,

Apenas los ví dormidos
bufando como unos puercos,
saco mi finas tijeras
y principio á cortar cuellos.

A los diez dejé difuntos
y á registrarles comienzo,
y entré todos encontré
cerca de ochocientos pesos.

Viendome con esta suma,
sin detenerme un momento,
para Málaga marché
á donde llegué contento.

Paseándome una tarde
solo por tomar el fresco,
conocí que se burlaban
de mí cuatro pintureros.
Me arrimé á ellos y les dije:
Señores, soy forastero,
sastre soy en todas partes
y así tened miramiento.

Apenas oyeron sastre,
Mira qué empeño dijeron!
entre tres hacen un hombre
y aún estira el pescuezo.

Apenas aquesto oí
meto la mano á mi acero,
no hice más que rás, rás,
y dejé los cuatro muertos.

Como era al anochecer
y mis pies que son el viento,
en un pestañear me puse
de la ciudad muy adentro

Entré en una gran ciudad,
pedí cena y me sirvieron
y en cama de tres colchones
pasé la noche de un sueño.

Al otro día de mañana
entré en casa de un prendero
y compré todo un vestido
á estilo de malagueño,

De Málaga pasé á Ceuta
á ver unos compañeros,
que por sus buenos servicios
allí se hallaban de asiento.

Estuve unas tres semanas
sin tener ningún tropiezo,
y por no matar cristianos
me pasé á los moros luego.

En Tánger una noche á diez
les agujeré el pellejo,
tanto que por cada herida
podía pasar un perro.

Desde Tánger pasé á Argel
mes estuve allí mes y medio,
mandando todos los días
cuarenta y cinco al infierno.

Me marché á Constantinopla,
capital de siete imperios,
donde está aquel gran señor
rey de sesenta y tres reinos.

Allí seis meses estuve,
en los cuales habré muerto
pasados de veinte mil,
y no hablo más porque no quiero,
y nadie me contradiga
si conservar quiere el cuerpo,
que mis entrañas están
peor que rabioso perro,
que en sacando mis tijeras,
que son dos armas á un tiempo,
pincho, corto y entresaco

las entretelas del pecho.

!Cuantos en la sepultura
están solo por el miedo,
de verlas ensangrentadas
rebozadas en pellejos!

Esto os lo dice un sastre,
poquito pico y silencio,
quien no lo quiera creer
se lo hará creer mi acero,
que entre los musulmanes
pienso pasar poco tiempo;
y así nadie de los sastres
se chulée y ande con tiento,
que tambien los sastres son
de carne, hueso y pellejo;
y os digo á mas y mas
que tienen en sus adentros
corazón, hígado bazo
y su cuajo bieñ repleto.

Aquí dan fin mis proezas
mis arrojos y mis hechos;
comer, beber y dormir
es lo que desea el cuerpo,
que al que se muere le entierran
como sucedió al tío Prieto,
que nadie se acuerda de él,
ni yo tampoco me acuerdo.

